

1

Dos semanas

Josh atravesó el camino de tierra pisando con fuerza el pedal del acelerador. Le encantaba conducir con la radio a todo volumen y las ventanillas bajadas. No estaba seguro de quién disfrutaba más: si él o su perra, *Dharma*. El animal, que asomaba la cabeza por la ventanilla haciendo que el viento agitara sus orejas, parecía disfrutar con el aroma del aire fresco del campo mientras la fuerte brisa sacudía su rostro. «Vive sin preocupaciones», pensó Josh, mientras volvía la mirada hacia su perra y sacudía la cabeza. «No tiene que preocuparse de ir a trabajar, ni de soportar a los jefes, ni de ganarse el sueldo. No necesita preocuparse por cosas como el “compromiso” el “enfoque” o el “empleo”. Qué afortunada es.»

Se encontraban a muchos kilómetros de la ciudad en la que Josh trabajaba y vivía; muy lejos de los problemas y las preocupaciones que le abrumaban a diario. Le habría gustado poder sacar la cabeza por la ventanilla y olvidar todo lo que había pasado el día anterior. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y seguir el consejo que le había dado su padre. Ojalá pudiera sentirse de otra manera.

«Quiero ser como tú», gritó Josh a *Dharma*. Al escuchar la voz de su amo, el animal erizó las orejas y volvió la cabeza hacia él para hacerle saber que sus palabras eran más importantes que empaparse de la luz del sol y del aire fresco del campo. Josh le

dedicó una sonrisa. Estaba convencido de que su perra comprendía todo lo que él decía, ya fuera durante una caminata, dando una vuelta en coche o cuando descansaban en casa. El animal comprendía todos los proyectos creativos que él compartía con ella cuando celebraba una tormenta de ideas en la sala de «creación». Ella le escuchaba atentamente mientras Josh leía libros en la cama y le comentaba las cuestiones más importantes sobre la vida. *Dharma* apoyaba la cabeza en el regazo de su amo mientras este compartía con ella sus temores más íntimos y acuciantes. No solo conocía los pensamientos de su amo, sino que también sabía lo que albergaba su corazón. Mientras Josh se acercaba a su destino, sintió un fuerte deseo de que *Dharma* fuera capaz de explicarle los mensajes que le transmitía su propio corazón.

Una señal que se levantaba a un lado de la carretera le indicó que la granja hacia la que se dirigía se encontraba a tan solo unos kilómetros de distancia. Estaba ansioso por ver a sus amigos. Le habían invitado a pasar con ellos un día de asueto. Nunca había estado en un laberinto hecho con campos de maíz y no sabía lo que le esperaba, pero se imaginó que eso sería mejor que quedarse en casa sintiendo lástima de sí mismo.

Sus amigos sabían cosas que los demás desconocían. Su vida no era tan perfecta como aparentaba ser. Es cierto que vivía en una casa estupenda, que ocupaba un puesto importante en una compañía de prestigio y que tenía ante sí un futuro prometedor. Sin embargo, le faltaba algo. Ya no le ilusionaba ir a trabajar. No es que Josh odiara su trabajo; simplemente había dejado de amarlo. Y todo el mundo lo sabía, incluso su jefe, que el día anterior lo llamó a su oficina, en un viernes cualquiera, para darle una noticia.

—Ya no eres el mismo tipo al que contraté hace cinco años —comentó su jefe, y añadió—: Ante llevabas el fuego en las en-

trañas. Eras apasionado y estabas lleno de ideas y de energía. Ahora parece que ni siquiera deseas seguir aquí. ¿Qué te ocurre?

Josh bajó la mirada hacia el suelo. Sabía que Mark tenía razón, pero el hecho de escuchar la cruda verdad hizo que todo pareciera más real. Se sentía inseguro y avergonzado.

—No lo sé —contestó mientras levantaba la mirada y sacudía la cabeza—. Ojalá tuviera una respuesta, pero no es así. Últimamente me siento desganado. No sé por qué. Simplemente he perdido la motivación.

No estaba seguro de si hacía bien contando la verdad, pero su educación y su propia experiencia le decían que lo mejor siempre era ofrecer una respuesta sincera. Además, llevaba la verdad dibujada en el rostro y su lenguaje corporal en el último año hablaba por sí mismo.

—Bueno, ya sabes que la pasión es un factor muy importante en este trabajo —replicó su jefe—. Si carecemos de pasión, entonces no somos diferentes a los demás; es decir, somos mediocres. Y eso no es bueno para mí, para nuestra empresa, ni para nuestros clientes.

—¿Me estás despidiendo? —preguntó Josh.

Siempre recordaba el día en el que, a los doce años, se rompió el brazo; el médico entró en la sala, examinó la radiografía e inmediatamente le sujetó por el brazo y comenzó a hablar con él de cosas sin importancia. De repente, sin previo aviso —*crack*—, el médico colocó en su sitio el hueso roto. Desde entonces, Josh creía que lo mejor era superar los momentos dolorosos o incómodos lo más rápidamente posible.

—No —respondió Mark, sacudiendo la cabeza—. Todavía no estoy preparado para prescindir de tus servicios. Hemos invertido demasiado dinero en ti como para dejarte escapar y creo que hemos invertido demasiado dinero en nosotros mismos

como para rendirnos ahora. Ya he visto esta situación otras veces y estoy convencido de que necesitas un descanso. Así que vamos a hacer un trato: te doy dos semanas. Considéralo como un aplazamiento de dos semanas de la notificación de despido. En lugar de despedirte dentro de dos semanas, albergo la esperanza de que te vuelva a contratar. Es una especie de borrón y cuenta nueva. Tienes quince días para decidir si realmente quieres estar aquí, con la misma pasión de siempre. Si, después de dos semanas, decides que no te sientes a gusto, será una tremenda decepción, pero al menos los dos sabremos que ha llegado la hora de cambiar de aires y de dejar de cubrir el expediente. Es muy sencillo. O decides que deseas quedarte con nosotros y dar el ciento diez por cien, o encuentras otra cosa que, con suerte, despierte el entusiasmo que antes mostrabas.

»¿Estás de acuerdo? —preguntó Mark mientras extendía el brazo para darle la mano.

—De acuerdo —respondió Josh, mientras encajaba el apretón de mano de su jefe, tras lo cual salió del despacho preguntándose si debería echarse a reír o a llorar. Aunque a la mayoría de la gente le gustaría poder contar con dos semanas de vacaciones pagadas para decidir su futuro, para él aquella situación resultaba aterradora.

2

Perdido

Mientras atravesaba con su vehículo la puerta de la granja, Josh recordó la conversación que había mantenido el día anterior con su jefe y sintió el mismo nudo en el estómago. Habría sido todo más fácil si lo hubieran despedido, pensó. En ese momento cayó en la cuenta de que aquel día, sábado, era el primero de sus dos semanas de vacaciones antes de dar una respuesta a su jefe. Para entonces ya debería tener una respuesta, pero no ese día. Hoy no quería tomar ninguna decisión. Hoy solo quería borrar todo aquello de su mente y divertirse un poco.

Aquel lugar era más grande de lo que esperaba. La larga y sinuosa carretera por la que avanzaba, y que conducía a la granja y a la entrada del laberinto de maíz discurría entre enormes maizales. Llegó al edificio principal, aparcó el vehículo, extendió una manta para que *Dharma* se tumbara a dormir la siesta y bajó la ventanilla del coche para que pudiera disfrutar del fresco aire del campo en octubre. A continuación, pagó la entrada y corrió a saludar a sus amigos, que ya le estaban esperando donde empezaba el laberinto. Mientras avanzaba, pasó por delante de una hilera de personas que esperaban pacientemente su turno para subir a una avioneta que les permitiría ver el laberinto y la campiña desde el cielo. «No me subiría a un trasto de esos por nada del mundo», pensó Josh. Los únicos aviones en los que

volaba eran *jets* con pilotos y auxiliares de vuelo que servían cacahuetses, galletas saladas y bebidas.

Se reunió con sus amigos e intercambiaron algunos abrazos, palmadas y apretones de mano. Después de cruzar varias apuestas sobre quién sería el primero en atravesar el laberinto, se alinearon para comenzar la carrera. A los pocos minutos, Josh y sus amigos ya se habían perdido, ya que el laberinto tenía muchos callejones sin salida, bifurcaciones, caminos y desvíos. Cuando se veían obligados a escoger entre dos senderos, algunos elegían un camino, mientras los demás optaban por otro. Así transcurrieron los minutos hasta que, al final, todo el grupo acabó por estar completamente dividido y Josh se quedó solo y perdido en medio del laberinto.

Desde que era niño, había tenido mucho miedo a perderse y, ahora que se encontraba delante de un muro de tallos de maíz, notó que se iba sintiendo cada vez un poco más angustiado. ¿Debería tomar el camino de la izquierda o el de la derecha? ¿Debería retroceder y seguir un camino distinto? ¿Debería gritar a sus amigos? Cerró los ojos y rezó en busca de orientación y, cuando los abrió, se encontró delante de él a un anciano alto y desgarbado de melena canosa y bigote gris. Sorprendido, Josh le preguntó nerviosamente de dónde había salido.

—Oh, vengo del laberinto —respondió el granjero con voz áspera—. Esta es mi granja y me gusta pasear por aquí y ayudar a la gente que se pierde a encontrar su camino.

—Eso está muy bien —comentó Josh, sintiéndose un tanto aliviado—. Me encuentro bastante perdido. ¿Puede ayudarme?

—Eso habrá que verlo —contestó el granjero—. En primer lugar, ¿puedes decirme a dónde vas?

—Bueno, estoy intentando encontrar la salida del laberinto —explicó Josh, convencido de que la pregunta que le había he-

cho el granjero era un poco extraña y la respuesta bastante evidente: «Si supiera hacia dónde voy, ya me encontraría allí».

El granjero respiró profundamente y sonrió.

—Josh, no estoy hablando del laberinto, sino de tu vida. ¿Sabes hacia dónde se dirige tu vida?

Josh miró nerviosamente a su alrededor y pensó extrañado: «¿Cómo sabe mi nombre?» Buscó a sus amigos con la mirada, tratando de encontrar la cámara oculta. Seguramente, querían gastarle una broma. Sabían que estaba pasando por una etapa de crisis y tal vez pretendían colocarle en una situación extrema para sacarle de su ensimismamiento. ¿Qué mejor manera para ello que gastándole una broma pesada? Llamó a voz en grito a sus amigos, pero cuando vio que nadie salía de los maizales, se sintió un tanto incómodo.

—No has respondido a mi pregunta —insistió el granjero, mientras lo miraba con una ligera sonrisa en el rostro—. ¿Sabes hacia dónde se dirige tu vida?

Josh dio un pequeño paso hacia atrás.

—¿Cómo sabe mi nombre y por qué me hace esa pregunta? —preguntó enérgicamente; notaba que iba sintiéndose cada vez más inquieto.

—Conozco a todos los que vienen a este laberinto —contestó el granjero con voz tranquilizadora—. Me he encontrado con demasiadas personas extraviadas como para saber cuándo se han perdido y tú, amigo mío, te encuentras tan perdido como ellas. Pero no te preocupes. Hay millones de personas como tú que son incapaces de encontrar su camino. Muchas vienen al laberinto en busca de algo. Proceden de todas las profesiones y de todas las clases sociales, y he visto representadas todas las edades. Algunas buscan el trabajo de sus sueños. Otras tratan de encontrar un sentido a su vida. Otras se enfrentan a algún tipo

de adversidad y están llenas de inseguridad y temor. Tratan de buscar respuestas y pretenden que alguien les indique lo que deben hacer. Pero entonces se encuentran conmigo y les explico que el laberinto proporciona las lecciones que necesitan para crear el tipo de vida que desean. Como ya te he dicho, ayudo a la gente a encontrar su camino. Si me escuchas, no solo te voy a ayudar a encontrar la salida del laberinto, sino también a fijar un rumbo en tu vida.

Josh examinó el rostro de aquel anciano. Su aspecto era el de una persona tranquila y pacífica. Llegó a la conclusión de que el granjero se había enterado de su nombre en la caseta donde había pagado la entrada y donde se había apuntado a la lista de correo. Si aquel anciano podía ayudarle a salir del laberinto, estaba dispuesto a escucharle. Sin embargo, en ese momento encontrar un rumbo en su vida no se hallaba en su lista de prioridades.

—Muy bien, soy todo oídos.

—Estás perdido porque no sabes cuál es tu propósito en la vida —sentenció el granjero—. El propósito es el sistema de orientación perfecto que nos proporciona un rumbo en nuestra vida. El propósito nos alimenta dotándonos de pasión y esta pasión nos proporciona la confianza y la vitalidad necesarias para perseguir nuestros sueños. Vivir sin un propósito es como vagar sin rumbo por la vida, como si fuéramos una mota de polvo arrastrada por el viento. Te conviertes en un muerto viviente, deambulando entre los vivos. Pero cuando encuentras tu propósito en la vida, descubres cuál es la energía que alimenta a toda la creación. Encuentras una razón para existir. Hallas el camino que estás destinado a recorrer y la pasión que precisas para seguir adelante en tu viaje.

—¿Y dónde encuentro ese propósito? —preguntó Josh.

Después de haber escuchado algunos términos como *pasión* y *propósito*, comenzaba a sentirse cada vez más interesado por el discurso de aquel granjero. Precisamente la pasada noche, había cerrado los ojos y se había preguntado si era capaz de señalar cuál era su propósito en la vida y de tratar de conseguirlo. Era una sencilla oración que llevaba mucho tiempo sin recitar. «Úsame para tu propósito. Guíame hacia el mío.» Y ahora, casualmente, se encontraba manteniendo una conversación con un extraño sobre el propósito dentro de un laberinto de maíz. Debería haberse dado cuenta. Como decía el título de una de sus canciones favoritas, sabía que Dios actúa de muchas maneras insondables.

—Pensaba que había hallado mi propósito —añadió Josh—, cuando encontré mi primer empleo al acabar la facultad. Ahora, sin embargo, me lo cuestiono todo: mi trabajo, las decisiones que he tomado en el pasado, mi futuro. Tiene toda la razón, estoy perdido.

—Bueno, no es necesario que sigas perdido por más tiempo —repuso el granjero, mientras sacaba una semilla de su bolsillo y se la ofrecía a Josh, que la miró mientras reposaba en la palma de la mano del anciano.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó.

El granjero hizo una breve pausa, señaló la semilla y luego dijo:

—Encuentra un lugar donde puedas plantarla y se revelará tu propósito.

Josh contempló la semilla con aire escéptico.

—¿Cómo es posible que hacer tal cosa me ayude a revelar mi propósito?

—No estoy seguro de cómo funciona —respondió el granjero—, solo sé que es así. Ese es uno de los misterios de la vida,

donde nuestra fe en los milagros nos permite ver más milagros y donde, de alguna manera, nuestra imaginación moldea nuestra propia realidad. He entregado semillas a cientos de personas y todas ellas han descubierto su propósito. Luego han vuelto para contármelo y tengo la esperanza de que algún día tú también hagas lo mismo cuando encuentres el tuyo.

—¿Qué pasa si no me tomo la molestia de encontrar un lugar donde poder plantar esta semilla? —preguntó Josh, con la esperanza de intentar otra opción.

—Entonces no hallarás tu propósito —respondió el granjero, sabiendo que solo había un camino—. Todo el mundo se embarca en una búsqueda para encontrar su propósito. Es una de las cosas que realmente merecen la pena en esta vida; si no lo haces, todo lo demás carecerá de sentido. El viaje no es fácil. Está plagado de misterios, desafíos, obstáculos y callejones sin salida..., en gran medida se parece a este laberinto. Pero si estás dispuesto a seguir el camino, a aprender una lección cuando has tomado un desvío equivocado y a seguir avanzando, incluso cuando sientes deseos de arrojar la toalla, al final acabas encontrando el lugar adecuado donde plantar tu semilla.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó Josh con curiosidad—. No tengo la menor idea de por dónde comenzar.

—Empieza por el lugar donde se encuentra todo el conocimiento. Comienza por tu corazón. Y ten cuidado con la mente, ya que muchas veces nos juega malas pasadas y nos engaña en nuestra búsqueda. Pero tu corazón nunca miente. Él conoce tu *porqué* de las cosas. Sabe cuál es el rumbo que debes tomar y qué cosas estás predestinado a hacer. Solo tienes que escucharlo. Y mientras sigues el dictado de tu corazón, también debes esforzarte por buscar las señales que encontrarás en el camino.

—¿Qué señales? —preguntó Josh, sabiendo que últimamente su corazón no le había transmitido ninguna información.

—Las señales de gracia que te guían a través de la vida —explicó el granjero—. Estas señales te ayudan a decidir qué caminos debes tomar. Se manifiestan de diversas formas: un consejo que te da un extraño, un sueño, los momentos de euforia, una canción, un programa de televisión, un libro e incluso las grandes señales que se encuentran a un lado del camino. Dios utiliza todos los medios posibles para comunicarse con nosotros con la intención de guiarnos en nuestro viaje. Si nos mostramos abiertos a interpretar esas señales, debemos esforzarnos por encontrarlas y seguirlas, ya que nos guiarán en la dirección adecuada. Cuanto más busquemos las señales y creamos en ellas, con más frecuencia aparecerán.

Josh sonrió. Sabía muy bien lo que eran las señales. Su padre siempre le hablaba de ellas y él mismo las había visto a lo largo de su vida. Cuando era un adolescente y salía a pasear por la playa, muchas veces pedía una señal y, como era de esperar, en ese momento una bandada de gaviotas aparecía volando por encima de su cabeza. A menudo veía que el reloj y su móvil marcaban las 11:11 y la 1:11 y cada vez que eso sucedía, sabía que iba a ser un gran día. Era algo que se producía en demasiadas ocasiones como para considerarlo una coincidencia. Las señales le habían ayudado a tomar algunas de las decisiones más importantes de su vida. Sin embargo, últimamente había olvidado por completo su existencia y había dejado de buscarlas.

El granjero prosiguió:

—La búsqueda de tu propósito es como un juego cósmico, y una vez que sabes cómo se juega y aceptas las reglas del juego, se convierte en una aventura emocionante.

Las palabras *aventura* y *juego* se quedaron grabadas en la mente de Josh. Solía pensar que la vida era una aventura y a

menudo la veía como un regalo, no como una obligación. Sin embargo, últimamente ya no la consideraba un juego. Para él más bien era como si le hubieran puesto tareas. Y, aunque creía en las palabras que brotaban de los labios del granjero, no estaba seguro de tener la energía o el deseo de seguir participando en ese juego ni de embarcarse en una aventura.

—Si no te apetece seguir con este juego —continuó el granjero, como si estuviera leyendo la mente de Josh—, o si prefieres arrojar la toalla una vez que ha comenzado el juego porque la búsqueda carece de sentido, recuerda lo siguiente: el hecho de que sientas deseos de buscar tu propósito significa que existe un propósito y que debes encontrarlo. ¿Por qué otra razón ibas a hacerlo y por qué hay tantas personas que lo están buscando? Si tratas de encontrarlo, es porque existe. Así que debes jugar, Josh, y no te rindas. Déjate llevar por los dictados de tu corazón y sigue las señales, ya que así encontrarás un lugar donde plantar la semilla —y luego añadió con una sonrisa—. Ah, y hay algo más que debes saber antes de que te deje.

—¿De qué se trata? —preguntó Josh, esperando escuchar un consejo cargado de profundidad.

—Para salir del laberinto, toma el camino de la derecha, síguelo y te conducirá a la salida. Tengo que ayudar a unas cuantas personas más que se han perdido. Recuerda que tienes que volver para hablar conmigo —gritó, mientras desaparecía por el camino de la izquierda.